

PRIMER ACTO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

SE ALZA EL TELON

Al fondo de un patio de la ciudad de Londres, en una calleja escarpada, escurridiza y tortuosa que enlaza a Tower-Street con la ribera del Támesis, emplazábase la casa de comercio de Wilding y Compañía, negociantes en vinos. El extremo de la calle por donde se llegaba al río (en caso de tener el sentido del olfato lo bastante acostumbrado a malos olores para intentar semejante aventura), había recibido el nombre de Escalera del Resbaladero. No menos cómica y pintorescamente era conocido también el patio mismo: llamábanle Encrucijada de los cojos.

Muchos años antes habíase desistido de embarcar al pie de la Escalera del Resbaladero, y los marineros dejaron de trabajar allí. La fangosa orillita aca-

bó por confundirse con el río; del esplendor del Resbaladero, no quedaban ya más que dos o tres trozos de pilotes, una argolla y una amarra de hierro roñoso. Sin embargo, todavía abordaba violentamente de vez en cuando a aquel paraje alguna barca cargada de hulla. Entonces surgían del cieno algunos cargadores vigorosos, descargaban la barca, transportaban el carbón a las cercanías y no se los volvía a ver. Generalmente, el único movimiento comercial de la Escalera del Resbaladero era el transporte de toneles llenos y botellas vacías que llenaban y vaciaban las bodegas, entrando y saliendo con gran ruido en casa de Wilding y Compañía, tratante en vinos; y no a todos agradaba ese movimiento. Las tres cuartas partes de las mareas, el agua sucia y gris del río venía solitariamente a azotar con su espuma y su limo la amarra y la argolla herrumbrosa. No parecía sino que el señor Támesis, habiendo oído hablar del Dux y del Adriático, quisiera unirse a su vez, por medio de dicha argolla a su Dux, el Muy Honorable Lord Corregidor, el gran conservador de su corrupción y de sus inmundicias.

A la derecha, a unos doscientos metros del montículo opuesto (tocando a la parte inferior de la Escalera fantástica), se hallaba la encrucijada de los Cojos.

Todo este sórdido rincón pertenecía a Wilding y Compañía. Por abajo estaban construídas las bodegas; la casa, se alzaba por encima. Esta casa había sido realmente vivienda en otro tiempo; aun se veía sobre la puerta un antiguo sobradillo sin soporte, cosa que antaño era el adorno obligado de toda mansión habitada por un burgués de Londres. Una larga fila de ventanitas estrechas perforaba la triste fachada de ladrillos y la hacía simétricamente desgraciada; por encima de todo habíase levantado una cúpula de donde se columpiaba una campana.

—¿Cree usted, señor Bintrey—dijo Walter Wilding,—que un hombre de veinticinco años que al ponerse el sombrero puede decir: Este sombrero cubre la cabeza del dueño de esta propiedad y amo de los negocios que en esta casa se efectúan; cree usted que ese hombre, sin ser orgulloso, no tiene motivos para declararse satisfecho de sí mismo?

Así se expresaba Walter Wilding en su propio despacho, hablando con su abogado. Y al punto, uniendo la acción a la palabra, coge el sombrero, se cubre y vuelve luego a dejarlo en el sitio de donde lo había sacado.

Era el tal Walter Wilding el hombre más ingenuo del mundo, de aspecto franco y sencillo, tez blanca y rosada y

una feliz corpulencia, extraña en un mozo de veinticinco años. Rizábasele graciosamente sus cabellos pardos, y los ojos, que eran azules, tenían extraordinario atractivo. Era el más comunicativo de los hombres, si que también el más cándido: nunca hallaba suficientes palabras para dar expansión a su alegría cuando se figuraba tener motivos para estar agradecido o contento.

Bintrey era, por el contrario, un compañero prudente, la reserva misma. Sus ojos podían compararse a dos globulillos pestañeantes que salieran de dos gruesos párpados en medio de una cabezota calva. En aquel momento Wilding le divertía sumamente. Opinaba Bintrey que eran en extremo cómicos el franco lenguaje del joven y la sencillez de su corazón.

—Sí...—respondió;—creo que puede estar usted satisfecho... Sí por cierto...

Había en la mesa del despacho una botella, dos copas y galletas.

—¿Le gusta el vino añejo de Oporto, de cuarenta y cinco años?—preguntó Wilding.

—¡Ya lo creo! Pero ya me ha hecho usted beber bastante...

—¡Es del mejor rincón de nuestras mejores bodegas!—exclamó Wilding.

—¡Así es! Muchas gracias, caballero... ¡Excelente vino!

Bintrey comenzó de nuevo a reír, al tiempo que levantaba la copa mirándola con cariño. Antojábasele muy amable el poder desprenderse sin pena de semejante vino y, sobre todo, darlo a beber gratuitamente a los demás.

—Ahora—prosiguió Wilding, que hasta en la discusión de los negocios aportaba infantil alegría—me figuro que ya lo hemos arreglado todo, señor Bentry, y lo mejor posible.

—Lo mejor posible—repitió Bintrey.

—Nos hemos asegurado un socio.

—¡Sí, nos hemos asegurado un socio!... ¡Sí, eso es!

—Pedimos en los periódicos un ama de llaves.

—Un ama de llaves... sí, la pedimos en los periódicos. «Dirigirse a la Encrucijada de los Cojos, Great Tower Street, de diez a doce de la mañana.» He ahí el anuncio.

—Los asuntos de mi pobre difunta madre están ya arreglados—dijo Walter.

—Arreglados—repitió el eco.

—Y pagados todos los gastos.

—Pagados—dijo Bintrey, riéndose ruidosamente.

¿Y por qué reía Bintrey? Por pensar que en el mundo hay gentes lo bastante simples para pagar gastos sin discutirlos.

—¡Pobre madrecita querida, muer-

ta!—prosiguió Wilding.—Me congratula hablar de ella; pero es este un placer que me abruma... ¡Ya sabe usted cuánto la amaba yo y qué cariño me tenía ella! En verdad, que nos teníamos mutuamente el amor más grande que puede existir entre madre e hijo; y desde el día en que me cogió a su cuidado, nunca tuvimos un instante de discusión ni de enfado. Ha sido una felicidad que sólo ha durado trece años; ¿verdad que ha sido muy corta? No he vivido más que trece años con mi madre querida, y hasta hace ocho años no me reconoció como hijo, reconocimiento que me hizo confidencialmente. Ya conoce usted tan triste historia, señor Bintrey. ¿Quién la habría de conocer sino usted?

Wilding prorrumpió en sollozos.

¿Y qué hacía Bintrey, en tanto que el otro se enjugaba las lágrimas?

Saboreaba el Oporto a pequeños sorbos que paseaba por la boca.

—Sé la historia...—dijo.—Sí... sí... la conozco.

—¡Pobre madre!—exclamó Wilding.—Había sido engañada cruelmente, y ¡cuánto padeció! Pero siempre fueron mudos sus labios respecto de esto. ¿Quién la engañó y en qué circunstancias acaeció esa desgracia, señor Bintrey? Sólo Dios lo sabe. Mi pobre madre querida nunca quiso descubrir el se-

creto del hombre que traicionó su confianza, nunca...

—Había resuelto callar—interrumpió Bintrey, pasando de nuevo por su garganta el excelente vino;—y tuvo que guardar silencio.

A lo que añadió mentalmente, guiñando ligeramente los ojos:

—Y mucho mejor de lo que usted podrá hacer, usted, a quien tanto gusta hablar.

—«Honrarás padre y madre»—repuso Wilding, que continuaba sollozando—«para vivir mucho tiempo». Cuando me hallaba en la Inclusa, señor Bintrey, me sentía tan poco dispuesto interiormente a obedecer gustoso a ese mandamiento, que creía no poder vivir mucho. Sin embargo, muy pronto llegué a honrar a mi madre profundamente, con toda el alma, y ahora venero su memoria.

—¿La venera usted?—dijo Bintrey.

—Por espacio de siete años felices—prosiguió Wilding, con el mismo acento de dolor franco y viril y sin avergonzarse de su llanto,—mi excelente madre estuvo aquí asociada a mis predecesores Pebleson Sobrino. Cuando llegué a la mayor edad, me transmitió la parte que ella había heredado en esta casa; luego, compró para mí la parte de Pebleson; me dejó todo cuanto poseía, todo, excepto ese anillo de luto que lleva usted en el

dedo... ¡Ya no existe! No hace aún seis meses que vino una mañana a la Enerueijada de los Cojos para leer por sus propios ojos la nueva muestra: «Wilding y Compañía». ¡Y ya no existe!

—¡Triste es!... ¡Tristísimo!...—balució Bintrey;—pero, tarde o temprano, es lo que a todos nos espera: ¿no debemos todos dejar de existir?

Y al decir esto, lo demostró acabando de vaciar la botella de Oporto. También había dejado de existir aquel vino de Oporto de cuarenta y cinco años.

Bintrey profirió un suspiro hondo.

—Y puesto que la he perdido—añadió Wilding, enjugándose las lágrimas,—no me queda otro remedio que seguir alimentando su recuerdo y mis penas. ¡Mujer querida! Mi corazón sintióse arrastrado hacia ella la primera vez que la ví; era el instinto de la naturaleza... y, sin embargo, no la podía tomar yo entonces sino por una señora extraña. Era un domingo... Concluíamos de cenar, allá, en la Inclusa... ¡Ah! Sobrado sabe usted, señor Bintrey, que no me sonrojo por haber estado en la Inclusa. Yo, que nunca he conocido a mi padre, deseo ser un padre para todos los que trabajan a mis órdenes.

—Honrado deseo—dijo Bintrey.

—Por eso—prosiguió Wilding, que se animaba y hasta se ahogaba un tanto en

el creciente torrente de su elocuencia,—por eso pido en los diarios un ama de llaves excelente, para que cuide la morada de Wilding y Compañía, negociantes en vinos, Enerueijada de los Cojos. Quiero restablecer en mi casa algunas de nuestras antiguas costumbres y las tiernas relaciones que existían antes entre el patrón y el empleado. Me place vivir en el lugar en donde gano el dinero. Quiero colocarme todos los días en la cabecera de la mesa adonde vengan a sentarse las gentes que me sirven; y juntos comeremos el mismo asado, la misma carne cocida, y beberemos la misma cerveza; y mis sirvientes dormirán bajo el mismo techo que Walter Wilding. Y todos cuantos somos... Dispénsame, señor Bintrey, ya van a repetirme los zumbidos de cabeza... Le agradeceré que me conduzca a la bomba.

Alarmado por la excesiva coloración del rostro de su cliente, no perdió Bintrey un momento en llevarle al patio. Era cosa fácil, puesto que el gabinete en donde ambos hablaban daba acceso al patio, de pie llano, por el lado de las habitaciones. Allí, el hombre de negocios, obedeciendo a una seña del enfermo, empezó a dar con todas sus fuerzas a la bomba. Wilding se lavó cara y cabeza y bebió con ganas; tras lo cual declaró encontrarse mejor.

—¡Ve usted!—dijo Bintrey.—¡Ese es el resultado de dejarle acalorar por sus buenos sentimientos!

Volvieron al despacho, y en tanto que Wilding se secaba, el abogado seguía riñéndole.

—¡Bueno!—exclamó el joven.—No se asuste. No he divagado ¿verdad?

—Nada de eso. Ha sido usted perfectamente razonable.

—¿Qué estaba yo diciendo, señor Bintrey?

—Quedó usted... Pero, en su lugar, no querría yo agitarme volviendo a hablar de este asunto por ahora.

—Ya tendré cuidado; me pondré en guardia—contestó Wilding.—Pero, ¿en dónde iba, cuando me ha dado el zumbido?

—Hablaba usted de asado, de la carne cocida y de la cerveza. Decía: Habitando bajo el mismo techo, para que todos cuantos somos podamos. .

—¡Todos cuantos somos!... ¡Ah! Eso es... Todos cuantos somos, zumbando juntos...

—Lo ve... lo ve...—interrumpió Bintrey.— ¡Cuando yo decía que sus buenos sentimientos sólo sirven para exaltarle, para hacerle daño!... ¿Quiere usted que probemos otra vez la bomba?

—¡No! ¡no! no hace falta. Estoy bien, señor Bintrey. Continúo, pues: A fin de

que todos cuantos somos, formando una especie de familia... Ya ve usted, nunca he estado acostumbrado a la existencia personal que todos tienen en su infancia. Más tarde, fuí absorbido por mi pobre madre querida. Después de haberla perdido, me he visto mucho más apto para formar parte de una asociación que para vivir solo. Yo no soy nada por mí mismo... ¡Oh! ¡Señor Bintrey, cumplir mi deber para con los que de mí dependen y conquistarlos sin reserva, es idea que reviste para mí un encanto absolutamente patriarcal y seductor! No sé qué efecto le producirá a usted...

—¿A mí?—preguntó Birtrey.—Poco importa. ¿Qué soy yo en esta ocasión? Nada. Usted lo es todo, señor Wilding. Por lo tanto, el efecto que en mí puedan producir sus ideas, es la cosa más indiferente del mundo.

—¡Oh!—exclamó Wilding, con extraordinario ardor;—a mí me parece delicioso mi plan...

—¡Vaya!—interrumpió bruscamente el abogado;—si estuviese yo en su lugar, no quisiera agitarme...

—Nada tema—replicó Wilding.— ¡Mire!—añadió, cogiendo de un mueble un librote de música:—He aquí a Haendel.

—¿Haendel?—repitió Bintrey, con amenazador gruñido.—¿Quién es ése?

—¡Haendell... Mozart, Haydn, Kent, Purcel, el Doctor Arne, Greene, Mendelssohn, conozco todos los coros de esos maestros. Es la colección de la capilla de la Inclusa. ¡Hermosas antífonas! ¿Por qué no habíamos de aprenderlas juntos?

—¿Juntos? ¿Qué quiere decir eso de «juntos»?—preguntó exasperado el hombre de negocios.—¿Quién ha de aprender esas antífonas?

—¿Quién?... El patrón y los empleados.

—¡Enhorabuena! Eso es otra cosa.

Durante un rato, había creído que Wilding iba a responderle; el hombre de negocios y el cliente: usted y yo.

—No, no es otra cosa—repuso Wilding:—es la misma cosa. La música debe servir sobre todo de lazo entre nosotros. Señor Bintrey, constituiremos un coro en alguna iglesia apacible, cerca de la Eneucijada de los Cojos. Después que hayamos cantado alegrementé juntos, vendremos a comer aquí juntos, con sumo gusto. Lo que me preocupa ahora es poner en práctica este sistema en el plazo más breve posible, de modo que mi nuevo socio lo encuentre ya implantado cuando llegue a casa.

—¡Que le haga a usted mucho bien!—dijo Bintrey, levantándose.—¿Y Lad-

dle será también socio de Haendel, Mozart, Haydn, Kent, Purcel, el Doctor Arne, Greene y Mendelssohn?

—Así lo espero.

—Deseo que se alegren de ello esos señores—dijo Bintrey.—Adiós, señor Wilding.

Estrecháronse la mano y separáronse.

Apenas se hubo marchado Bintrey, cuando llamaron a la puerta. Alguien entró en el despacho de Wilding por una puerta de comunicación que daba a la oficina en donde estaban los empleados. Era el jefe de los mozos de la bodega de Pebleson Sobrino, el mismo Joey Laddie, hombre lento y grave; como arquitectura humana, era un mozo de cordel. Iba vestido con traje obscuro y con su delantal que tenía a la vez algo de tela de colchón y algo de piel de rinoceronte.

—...En cuanto a la misma alimentación y al mismo albergue, señor Wilding y amo mío...—dijo con tono brusco al entrar.

—¡Cómo, Joey!...

—Pues bien, si he de hablar por mí, señor Wilding... y nunca he hablado ni hablaré por los demás... no tengo necesidad alguna de ser alimentado ni alojado. Sí, no obstante, usted desea albergarme, conforme... puedo comer como todo el mundo, y no me importa tanto el sitio en donde haya de comer como

lo que me hagan comer, sin que lo tome usted a mal. ¿Van a vivir en nuestra casa todos sus empleados, mi joven amo? Los otros dos mozos de bodega, los tres porteadores, los dos aprendices, los jornaleros... ¿todos?

—Sí, Joey... y espero que formemos una familia unida.

—Bueno—dijo Joey,—lo espero por ellos.

—¿Por ellos?... Diga también por nosotros.

Joey Laddle movió la cabeza.

—No cuente usted mucho conmigo para semejante cosa, señor Wilding, mi joven amo. No es a mis años ni después de las circunstancias que han formado mi carácter, cuando a uno le da de repente por gustarle la sociedad. Cuando Pebleson Sobrino me decía: «Joey, procura tener cara más animada», yo les respondía a menudo: «Bueno es para ustedes, que están acostumbrados a beber el vino, tener el rostro alegre. Yo no hago sino respirarlo por los poros de la piel. Tomado de esta manera, el vino obra diferentemente. Una cosa es, señores, llenar sus copas en un buen comedor, bien caliente, pronunciando un vigoroso ¡hurra! y bridando por los convidados, y otra cosa es llenarse a sí mismo por los poros y los pulmones, en el fondo de una bodega baja y oscura y

en una atmósfera enmohecida». Eso decía yo a Pebleson Sobrino. ¡Ah! Señor Wilding, mi joven amo, toda mi vida he sido mozo de bodega, he aplicado al trabajo toda mi inteligencia, y he aquí que estoy todo lo embrutecido que puede estar un hombre. No encontrará usted otro más embrutecido que yo. Tampoco hallará usted quien me iguale en mal humor. Cante, vacíe alegremente sus copas. Dicen que cada gota que esparce usted sobre sí borra una arruga... no digo lo contrario. Pero intente usted respirar el vino por los poros cuando no lo necesita, y ya verá.

—Siento lo que usted me dice, Joey—respondió Wilding.—¡Y yo que esperaba que usted reuniese en esta casa una clase de canto!

—¡Yo, señor!... ¡Señor Wilding, mi joven amo, no tomará usted a Joey Wilding para ocuparse en armonía! ¡Todo cuanto puedo ser fuera de mis bodegas, es una máquina de tragar! No es malo mi estómago. Sin embargo, le doy las gracias, ya que piensa usted que merezco la molestia que se quiere tomar haciéndome vivir en su casa.

—Así lo quiero, Joey.

—No hablemos más de ello, señor. Es cosa hecha. Pero, ¿no está usted a punto de tener al joven Jorge Vendale como socio de la casa?

—Sí.

—Una variación más. A lo menos, no vuelva a mudar la razón social. No haga tal cosa. Ya lo ha hecho usted una vez. ¿Y cree usted, le pregunto yo, que no hubiera sido preferible conservar: Plebesson y Compañía, que siempre tuvieron suerte? No se debe uno exponer a mudar la suerte, cuando es buena.

—No modificaré la razón social, Joey.

—Me alegra saberlo, señor Wilding. Me voy; buenos días. Pero seguramente hubiera usted hecho mejor en conservar «Plebesson y Compañía». Sí, hubiera sido preferible.



ENTRA EL AMA DE LLAVES

Al día siguiente, Walter Wilding, sentado en el comedor, disponíase a recibir a las que pretendían las elevadas funciones de ama de llaves, que él iba a crear en su casa. Era el comedor una pieza completamente enmaderada, en tarimada de encina, con una alfombra de Esmirna muy gastada. El mobiliaje era de caoba negra, viejo sirviente que había conocido más de una vez el beso reparador del barniz, en tiempos de Plebesson. El gran aparador había presenciado muchas cenas de negocios, que Plebesson Sobrino no escatimaba a su clientela, pues opinaba que el buen comerciante nunca debe titubear en dar un huevo para recibir un buey. Tres grandes rejuelas dormían en la enorme chimenea, a la que tapaban casi del todo, en compañía de una frasería en forma de sarcófago que, en su tiempo, había sepultado, en efecto, multitud de

licores. Pero, ¿no había ido a habitar a su vez un sarcófago, el rubicundo solterón de gran peluca, cuyo retrato se veía en la pared, colgado encima del majestuoso aparador, y en el cual podía reconocerse a Pebleson (no el sobrino)? Desde entonces quedaron las rejuelas tan frías como el viejo negociante.

Por lo demás, todo en la vieja morada tenía aspecto de helada vetustez. Los grifos dorados y negros que soportaban los candelabros, teniendo en sus bocas bolas negras y cadenas de oro, dejaban ver unas caras lastimeras que parecían pedir gracia para actitud tan molesta y que conservaban desde hacía tanto tiempo. Bien se veía que a su edad no sentían ya deseos de jugar a la pelota. Sacudíanse las cadenas, como para indicar que harto habían ya adquirido el derecho de ser libres. Y, no obstante, permanecían encadenados en el mismo sitio, ante los mismos objetos a los que con tanto fastidio miraban desde tantos años atrás, y nada cambiaba en la antigua casa, nada, excepto los amos...

Casualmente aquella mañana hubo un acontecimiento tan sorprendente como el descubrimiento de un nuevo mundo por el viejo Colón. A fuerza de mirar desde arriba, el cielo descubrió la Encrucijada de los Cojos. En ella penetraron el calor y la luz. Un rayo fué a re-

flejarse en un retrato de mujer suspendido encima de la chimenea y que, con el retrato de Plebesson tío, constituía el único decorado del comedor de Wilding.

Wilding contemplaba esa pintura.

—Mi madre a los veinticinco años— decía para sí.

Y sus ojos seguían con arrobamiento aquel rayo bendito. Pensaba haber colgado allí el lienzo para que las visitas pudieran admirar a su madre en todo el esplendor de su juventud y belleza.

En cuanto a otro retrato que de la difunta se había sacado, cuando ésta tenía cincuenta años, había lo puesto Wilding en su dormitorio, como recuerdo con el cual quería vivir siempre...

—¡Cómo! ¿Es usted, Jarvis?—dijo.

Esas palabras se dirigían a un empleado que acababa de asomar la cabeza por la rendija de la puerta entornada.

—Sí—contestó Jarvis;—quería únicamente decirle, señor, que van a dar las diez, y que en el despacho esperan varias mujeres.

—¡Dios mío!—exclamó Wilding, quien palideció y se avergonzó al mismo tiempo,—¿son varias de veras?... Mejor hubiera sido introducirlas cuando no había sino una o dos. Las recibiré, pues, por turno, Jarvis, en el orden por que hayan llegado.

Y al decir esto, se atrincheró detrás

de la mesa, hundióse bien en el sillón, puso ante sí un gran tintero y dió orden de que entrasen las postulantes.

Sucedió lo que tiene que suceder en semejante circunstancia a todo soltero que pasa por acomodado. Wilding vió desfilan ante sí la especie ordinaria de las mujeres repugnantes y la ordinaria especie de las mujeres demasiado simpáticas. La primera que se le presentó fué la viuda de un pirata, decidida a apoderarse de él a todo trance; apretaba el paraguas bajo el brazo, como si se figurase que el tal paraguas era el propio Walter Wilding y ella lo tuviera ya entre sus garras. Luego entraron varias de esas solteronas que «han visto tiempos mejores» y que vienen armadas de certificados clericales que atestiguan no serles extraña la teología; después tocó el turno a señoritas que se ofrecían a Wilding para casarse con él, sin miramiento alguno. Llegaron también amas de llaves de profesión, con paso militar, que le hicieron sufrir un interrogatorio en regla, acerca de sus usos y costumbres; enfermas lánguidas para quienes la cuestión del sueldo era cosa secundaria y que buscaban, principalmente, la comodidad de un hospicio particular; sensibles criaturas que prorrumpían en llanto así que Wilding les dirigía la palabra y a las cuales tuvo que dar de be-

ber varios vasos de agua azucarada para calmarlas, etc.

Empezaba ya a desanimarse Wilding, cuando se presentó una que acababa de llegar.

Era una mujer de unos cincuenta años, si bien en ciertos momentos parecía más joven, por ejemplo, cuando reía. Su rostro tenía notable expresión de alegría, alegría plácida, que parecía indicar una rarísima igualdad de carácter. No podía pedirse mejor actitud ni más sostenida, y todo en ella, hasta el timbre de su voz, estaba en perfecta armonía con sus modales. Wilding acabó de quedar seducido cuando a la siguiente pregunta hecha con cariño:

—¿Qué nombre apunto, señora?

Le respondió ella:

—Me llamo Sara Goldstraw. Mi marido ha muerto hace largos años. No tengo hijos.

Esta voz sonó tan agradablemente al oído de Wilding, mientras él tomaba sus apuntes, que éste no se apresuró a escribirlos, sino que suplicó a la señora de Goldstraw que repitiera el nombre.

Cuando levantó Wilding la cabeza, la mirada de la forastera acababa de pasearse en torno del cuarto y se volvía a él.

—Me dispensará usted que le dirija algunas preguntas más—dijo Wilding.

—Desde luego, caballero; si no quisiera ser interrogada, nada tendría que hacer aquí.

—¿Ha desempeñado usted ya las funciones de ama de llaves?

—Sólo una vez. Serví a una señora viuda. La serví por espacio de doce años. Era una pobre enferma que ha muerto recientemente, y por eso me ve usted de luto.

—Supongo que esa señora debió dejar a usted las mejores cartas de crédito—dijo Wilding.

—Creo poder decir que son las mejores que se pueda tener—contestó la mujer.—He pensado que ahorraría a usted tiempo y trabajo tomando por escrito el nombre y la dirección de los correspondientes de esa señora, y se los he traído a usted.

Dejó una tarjeta sobre la mesa.

—Señora de Goldstraw—dijo Wilding cogiendo la tarjeta,—usted me recuerda extraordinariamente... Me recuerda usted unos modales y un metal de voz a que yo estaba acostumbrado antes... ¡Oh! estoy seguro de esto, aunque no puedo precisar ahora lo que pasa en mi espíritu... Pero su actitud y su aspecto son los de una persona... Debo añadir que esa persona era buena y amable.

Sonrióse la señora de Goldstraw.

—¡Pues bien, caballero—dijo,—lo celebros!

—Sí—prosiguió Wilding, repitiendo muy pensativo lo que acababa de decir;—sí, amable y buena.

Al mismo tiempo, miraba a hurtadillas a su futura ama de llaves.

—Pero no me acuerdo más que de su bondad y su gracia. La memoria es fugaz, y el recuerdo es a las veces como un sueño medio borroso. No sé lo que pensará usted acerca de esto, señora de Goldstraw; pero tal es mi opinión.

Probable es que fuera también la misma la opinión de la señora; puesto que respondió con una señal de asentimiento. Wilding le ofreció ponerla él mismo en comunicación con el caballero cuya tarjeta le había enseñado ella; éste era un hombre de negocios que vivía en Doctors' Commons. La señora de Goldstraw le manifestó su agradecimiento, y como Doctors' Commons no estaba muy lejos, Wilding le suplicó que volviera al cabo de tres horas.

Los informes fueron excelentes. Wilding tomó, pues, la misma tarde, a la señora de Goldstraw. Esta debía entrar a su servicio al día siguiente e instalarse en calidad de ama de llaves en la Encrucijada de los Cojos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ciudad de México, D. F., 1625 MONTERREY, MEXICO

29109